

La dimensión intelectual misionológica de la Reforma Protestante

Dr. Justo L. González



Conferencia Reforma Pt. 2
México

La dimensión intelectual y misionológica de la Reforma Protestante (2 de 5)

Fue en un día de otoño del año 1517, cuando las marchitas hojas caían de los árboles, que un fraile agustino y profesor universitario se acercó a la puerta del castillo de Wittenberg y en ella clavó 95 tesis. Aunque hoy pensamos acerca de esa acción como un acto de gran valentía, lo que Martín Lutero hizo en aquel día no tenía nada de especial. La puerta era sencillamente el tablón de edictos en que en aquellos tiempos se publicaban las noticias públicas. Uno de los ejercicios clásicos que se practicaban en las universidades eran los debates académicos, asuntos muy formales y estructurados en los que participaban profesores y estudiantes avanzados. Luego, todo lo que Lutero estaba haciendo era invitar a sus colegas a discutir el tema de las indulgencias. Lo que es más, algún tiempo antes ese mismo profesor agustino, consciente de haber descubierto en la Biblia dimensiones revolucionarias, había clavado en esa misma puerta otra serie de tesis, en aquel caso 97. Aquellas 97 tesis eran un reto a toda la teología escolástica que todavía en aquellos días reinaba en la iglesia y las universidades. Al clavarlas, Lutero estaba consciente de que le estaba lanzando un reto a todo el sistema teológico reinante. Pero aquellas 97 tesis, que pretendían sacudir los cimientos de la doctrina establecida, apenas si llamaron la atención entre sus colegas en Wittenberg.

¿Por qué fue entonces que, mientras las 97 tesis apenas provocaron un gran bostezo académico, los martillazos de las 95 todavía resuenan hoy, 500 años más tarde? Fue en parte debido a las circunstancias del momento, y a algunos acontecimientos, tanto cercanos como

lejanos, de muchos de los cuales apenas si Lutero estaba consciente.

Como es bien sabido, la causa inmediata de las 95 tesis fue la venta de indulgencias y la predicación del dominico Johann Tetzel, que escandalizaba a Lutero. Pero lo que Lutero no sabía era que detrás de esa venta de indulgencias había toda una serie de negociaciones entre Alberto de Brandeburgo y el papa León X. Alberto ya ocupaba dos obispados, y ahora le compraba al Papa el arzobispado de Mainz. Como parte de las negociaciones, se decidió proclamar una indulgencia. La mitad de los ingresos irían al fisco pontificio, pues León estaba ansioso por completar la basílica de San Pedro. La otra mitad le correspondería a Alberto, quien la usaría para pagar un enorme préstamo que había hecho para poder comprar el arzobispado. Quien le había hecho ese préstamo era la casa bancaria de los Fugger – la misma casa que después le prestó dinero al rey Carlos I de España para que pudiera comprar la elección imperial y fuera conocido como el emperador Carlos V. Luego, cuando Lutero clavó sus 95 tesis, estaba pisando callos poderosos. Quizá por no saber todo lo que estaba en juego, o quizá por una valiente honestidad, Lutero le envió copia de sus tesis a Alberto de Brandeburgo.

Pero, aparentemente sin estar muy consciente de ello, Lutero también estaba abriendo llagas profundas. Por toda una serie de circunstancias, el pueblo alemán se sentía explotado por fuerzas externas, particularmente el papado. Luego, los martillazos de Lutero encontraron oídos atentos y provocaron una respuesta entusiasta.

Sin embargo, esa respuesta entusiasta no hubiera sido posible de no haber sido por un tercer factor que Lutero conocía y pronto aprendió a emplear eficazmente, pero que al clavar las 95 tesis no le parecía ser tan importante. Me refiero a la imprenta de tipo móvil, inventada el siglo anterior por Johannes Gutenberg.

Este tercer factor, la imprenta, se conjugó con el segundo, el creciente nacionalismo alemán. Alguien tomó las tesis que Lutero había escrito en latín, las tradujo al alemán, y las hizo imprimir. Con eso Lutero, hasta entonces monje y profesor universitario apenas conocido, vino a ser héroe de la naciente nación alemana.

A esto hay que añadir un cuarto factor que Lutero también conocía, pero cuyas consecuencias serían notables para la causa reformadora. Me refiero al avance de los turcos otomanos, quienes en 1453 tomaron la ciudad de Constantinopla, y luego invadieron la Europa occidental, llegando a ponerle sitio a Viena en el año 1529. Ante el avance de los turcos, muchos eruditos de Constantinopla buscaron refugio en Europa occidental, y llevaron consigo importantes manuscritos y conocimientos de la antigüedad. Su influjo les hizo ver a los occidentales cuánto habían cambiado los escritos antiguos a través de la tradición manuscrita, y también cómo las costumbres y creencias habían evolucionado. Esto provocó entre los pensadores occidentales un deseo de volver a las fuentes de la antigüedad. Además, el avance de los turcos contribuyó a la causa reformadora de otra manera que los reformadores no solicitaron. Viéndose amenazado por ese avance, Carlos V se vio obligado a posponer su campaña contra los protestantes porque

necesitaba unir a sus súbditos para defender su imperio frente a los turcos. Esto le dio al movimiento reformador un tiempo de respiro durante el cual pudo organizarse y expandirse.

Por último, hay que mencionar otro factor que muchas veces los historiadores de la iglesia no toman en cuenta. Veinticinco años antes de las famosas tesis de Lutero, Cristóbal Colón llegó a estas tierras. Cuando Lutero clavó sus tesis, Hernández de Córdoba estaba explorando la península de Yucatán. Hasta entonces, las riquezas llegadas a España desde estas lejanas tierras eran mínimas. Pero pronto la conquista de México, y luego la del Perú, enriquecerían a Carlos V y le permitirían pagarle a la casa bancaria de los Fugger el préstamo que les había hecho para comprar la corona imperial.

Todos esos factores, unos conocidos por Lutero y otros no, contribuyeron a darles a aquellos martillazos las resonancias y ecos que todavía se escuchan.

Pero volvamos a Lutero, a sus 95 tesis y a su famoso redescubrimiento de la justificación por la fe. Si para entender las 95 tesis tenemos que aclarar que Lutero no estaba consciente de todas las circunstancias que lo rodeaban, y de cómo lo que estaba haciendo redundaría a través de los siglos, también tenemos que aclarar que la famosa experiencia de Lutero en torno a la frase en Romanos, “el justo por la fe vivirá”, no fue cuestión repentina ni resultado de una inspiración momentánea. A pesar de que se le conoce como personaje impetuoso y fogoso, Lutero era también un estudiante asiduo y sistemático de la Biblia. Ya desde antes de obtener su doctorado

en teología con especialización en los estudios bíblicos en el 1512, Lutero había empezado a enseñar en la universidad de Wittenberg. Fue en el 1515 que empezó a dictar sus conferencias sobre la Epístola a los Romanos – conferencias que duraron casi año y medio. Había terminado esas conferencias, y empezado otras sobre Gálatas cuando clavó las 95 tesis.

Según Lutero contó después, durante largo tiempo había vivido en una profunda angustia espiritual, preocupado por su propia salvación. No hay que contar aquí las diversas etapas de esa angustia, pero sí vale la pena citar extensamente las palabras del propio Lutero al referirse a su famoso descubrimiento de la justificación por la fe. Al escucharlas, notemos que no se trata del descubrimiento de quien abre la Biblia al azar y coloca el dedo para ver lo que Dios le está diciendo, sino que se trata más bien de un proceso de angustiosa exploración, de estudio cuidadoso cuyos resultados no fueron repentinos, como hoy frecuentemente suponemos.

Escuchemos a Lutero:

.... me había sentido llevado por un extraño fervor de conocer a Pablo en su Epístola a los Romanos. Más hasta aquel tiempo se había opuesto a ello no la frialdad de la sangre del corazón, sino una sola palabra que figura en el primer capítulo: “La justicia de Dios se revela en él [el Evangelio]”. Yo odiaba la frase “justicia de Dios”, porque por el uso y la costumbre de todos los doctos se me había enseñado a entenderla filosóficamente como la llamada justicia formal o activa por la cual Dios es justo y castiga a los pecadores y a los injustos. Empero, aunque yo vivía como monje irreprochable, me sentía pecador ante Dios y estaba muy inquieto en mi conciencia sin poder confiar en que estuviese reconciliado mediante mi satisfacción. No amaba, sino más bien odiaba a ese Dios justo que castiga a los pecadores. Aunque sin blasfemia explícita, pero sí con fuerte murmuración, me indignaba ante Dios diciendo: “¿No basta acaso con que los míseros pecadores, eternamente perdidos por el pecado original, se vean oprimidos por toda clase de calamidades por parte de la ley del Decálogo? ¿Puede Dios agregar dolor al dolor con el Evangelio y amenazarnos también por él mediante su justicia y su ira?”. Así andaba transportado de furor con la

conciencia impetuosa y perturbada. No obstante, con insistencia pulsaba a Pablo en ese pasaje deseando ardentísimamente saber qué quería decir.

Entonces Dios tuvo misericordia de mí. Día y noche yo estaba meditando para comprender la conexión de las palabras, es decir: “la justicia de Dios se revela en él, como está escrito: el justo vive por la fe”. Ahí empecé a entender la justicia de Dios como una justicia por la cual el justo vive como por un don de Dios, a saber, por la fe. Noté que esto tenía el siguiente sentido: por el Evangelio se revela la justicia de Dios, la justicia “pasiva”, mediante la cual Dios misericordioso nos justifica por la fe, como está escrito: “el justo vive por la fe”. Ahora me sentí totalmente renacido. Las puertas se me habían abierto y yo había entrado en el paraíso. De inmediato toda la Escritura tomó otro aspecto para mí.¹

Al escuchar estas palabras, es importante recalcar que Lutero habla de un largo período de estudio y meditación “día y noche”, y que como resultado de ese estudio *empezó* a entender el texto hasta que por fin, al entenderlo, encontró respuesta a sus angustias. El gran descubrimiento no vino porque un día Lutero abrió la Biblia para ver lo que le decía, sino que vino a través de un estudio cuidadoso, prolongado y comprometido.

Con esto llegamos al meollo del tema que se me ha planteado para esta primera conferencia: la dimensión intelectual de la Reforma Protestante. Esa reforma nació en el estudio de un profesor universitario, pero de un profesor profundamente comprometido con la fe cristiana y en búsqueda angustiosa del sentido de esa fe para su propia vida. Fue un profesor que también tenía funciones pastorales y que por tanto estaba profundamente comprometido con la iglesia, no en sus altas dimensiones jerárquicas, sino donde la iglesia verdaderamente está, entre los creyentes y su vida cotidiana.

¹Prefacio a los escritos latinos (Obras de Martín Lutero, Buenos Aires, 1967.1:337-38).

Y si la Reforma nació del estudio, pronto se vio también obligada a fomentar el estudio. Cuando estudiamos la vida de Lutero, nos impresiona su firmeza al quemar la bula papal, y su valentía al enfrentarse a Carlos V y decirle “estoy en lo firme”. Pero nos engañamos si pensamos que las mayores dificultades a las que Lutero y los reformadores se enfrentaron fueron la oposición del Papa o del Emperador. La principal dificultad estaba en la necesidad de reeducar a todo un pueblo, desde el humilde campesino que habitaba en una casucha hasta el más alto príncipe en su palacio; a toda una iglesia, desde el más alto prelado hasta el creyente que hincado de rodillas fervientemente le pedía a algún santo que le ayudara a alimentar a sus hijos. Por siglos esos príncipes y esos campesinos, esos creyentes y esos prelados, habían entendido el mensaje evangélico de una manera. Habían vivido la fe de una manera. Habían buscado la salvación de una manera. Y ahora se les decía que todo eso estaba errado, que las cosas eran diferentes.

En todo esto, Lutero y los demás reformadores se enfrentaban a una enorme tarea. No era cuestión únicamente de convencer a los teólogos de que Lutero tenía razón. Había que reeducar a todo un pueblo, a todo un continente. El reto era tanto mayor porque para esa reeducación no podían emplearse siquiera los pastores, quienes ellos mismos estaban en necesidad de reeducación. Y, para colmo de males, muchos de esos pastores necesitaban no solamente una reeducación, sino hasta la educación más sencilla. Porque hoy hay seminarios, universidades, institutos bíblicos, cursos en línea, y muchos recursos más, se nos hace muy fácil olvidar que en aquellos tiempos ni siquiera en las iglesias más respetables se requería gran preparación para ser clérigo. Para citar solamente un ejemplo, en el reino de Castilla solamente se requería saber

leer. Y hasta ese mismo requisito se obviaba en el caso de clérigos de menos de 10 años de edad – ¡y los había! – o de más de 35 años, que se consideraban ya demasiado ancianos para aprender.

Como profesor universitario que era, y particularmente en vista de la gran experiencia a que el estudio le había conducido, Lutero estaba bien consciente de la necesidad de educar tanto al pueblo como a sus líderes. Pero también sabía que para eso necesitaría ayuda, pues las muchas controversias en que estaba involucrado, y su propio carácter impetuoso, no le hacían personaje idóneo para esa tarea.

Esa tarea le tocó a Felipe Melachthon, quien llegó a la universidad de Wittenberg antes de cumplirse el año del episodio de las 95 tesis. Cuando se le invitó a dictar una conferencia en la universidad con la esperanza de que se le invitara a llenar una vacante existente, la verdad era que ya prácticamente se había hecho la decisión de emplear a otro postulante. Melachthon dictó una conferencia sobre el tema *De la corrección de los estudios de la juventud*. Su impacto fue tal que se decidió emplearle a él en lugar del otro candidato. Como buen erudito que era, Melachthon comenzó su conferencia resumiendo el desarrollo de los estudios desde los antiquísimos tiempos clásicos y bíblicos, y mostrando cómo con el correr del tiempo se había ido perdiendo no solamente el estudio, sino también el mensaje mismo de la Biblia, que había quedado oculto bajo una serie de “ceremonias, tradiciones humanas, constituciones”, etc. Ahora era necesario regresar a las antiguas fuentes de la fe, particularmente en la Biblia, pero

también las de la antigüedad clásica y cristiana.

Puesto que se le había contratado para ello, y porque él mismo era hombre de una vasta erudición, Melachthon fue ante todo profesor universitario. Escribió una gramática griega y otra latina que se utilizaron por siglos después de su muerte. Su introducción a la lógica también fue utilizada por largo tiempo. Dirigió una revisión radical de todo el currículo en la universidad de Wittenberg. Contribuyó a las revisiones de los currículos en las más famosas universidades de Alemania, y participó en el proceso de formación de otras cuatro universidades.

Pero Melachthon estaba convencido también de que era necesario llevar la educación al pueblo mismo, y hacerlo a través de sus pastores. Lutero participaba de la misma convicción. Por fin, en el 1527, lograron que el gobierno de Sajonia ordenara una serie de visitas a todas las iglesias y escuelas para asegurarse de que su administración funcionaba debidamente, y de que en ella se enseñaba la recta doctrina. Puesto que la tarea era grande, se nombraron varias comisiones que incluían tanto a pastores letrados como a profesores y personas capaces de entender y corregir el modo en que se administraban las escuelas. Melachthon fue parte de la comisión que visitó la región de Turingia. Lo que esa comisión y otras como ellas encontraron era escandaloso. En algunas escuelas había maestros que ellos mismos no sabían leer y se dedicaban sencillamente a enseñar de memoria el Padrenuestro, el Decálogo y el Credo. Muchos sacerdotes no entendían en lo más mínimo en qué consistía la Reforma, y la estaban predicando mal que bien porque era lo que se les había ordenado. Algunos, bajo la supuesta excusa de la justificación por

la fe, predicaban doctrinas que parecían llegar al libertinaje. Y entre muchos no faltaba tal libertinaje tanto en las cuestiones administrativas como en las sexuales.

Sobre la base de los informes de las comisiones visitadoras, y bajo la dirección de Melachthon y de Lutero, la Universidad preparó unas *Instrucciones para los visitantes de los pastores parroquiales* que, tras resumir la doctrina correcta que debía enseñarse en las escuelas y parroquias, incluía un plan escolar.

Gracias al trabajo continuado de Melachthon, en el 1552, seis años después de la muerte de Lutero, se promulgó el *Orden para las escuelas de Mecklengurgo*. Desafortunadamente, todavía se pensaba que las escuelas eran principalmente para los varones, y no para las niñas. En cuanto a los niños más jóvenes, tras aprender el alfabeto debían aprender a leer y escribir. Sus principales lecturas serían el Decálogo, el Credo Apostólico y el *Catecismo menor* que Lutero había publicado en el 1529 . (En esa fecha, Lutero publicó dos catecismos, sobre lo cual volveremos más adelante.) Los niños más avanzados, conocidos como la “clase secundaria”, pasarían entonces a estudiar gramática y canto. Al mismo tiempo que seguían estudiando el catecismo, también debían estudiar latín, de modo que pudieran entender las preguntas del catecismo y darles respuesta en esa lengua. Ciertos días de la semana se dedicarían a lecturas determinadas, algunas de ellas de carácter moral, como las fábulas de Esopo, y otras de carácter más bien religioso, particularmente la Biblia.

Según Melachthon entendía el propósito de la educación, este era ante todo entender y obedecer la Palabra de Dios, y por tanto subrayó los estudios bíblicos. Pero antes de continuar con ese tema hay que decir también que Melachthon estaba convencido, de igual manera que muchos de los más antiguos escritores cristianos, que todo conocimiento viene de Dios, y por tanto insistía en que los estudios debían incluir no solamente la Biblia y cuestiones de doctrina, sino también materias tales como la lógica, la física, la aritmética y la astronomía. Cada una de estas disciplinas da testimonio del orden que Dios ha establecido en el universo. No interesarse en ellas es no interesarse en la obra creadora de Dios.

Puesto que Dios se ha dado a conocer particularmente en su Palabra escrita, el estudio de las herramientas necesarias para leer y entender la Biblia cobra particular importancia. Ese estudio incluía ante todo la gramática, que nos ayuda a entender cualquier texto escrito, pero incluía también el griego, el hebreo y el latín – los dos primeros por ser las lenguas bíblicas y el tercero porque sin el conocimiento de esa lengua era imposible leer los numerosos comentarios y estudios que circulaban acerca del texto bíblico y de su doctrina. En una fuerte exhortación al estudio y al apoyo de las escuelas por parte de los gobiernos, Melachthon declara:

¡Cuán importante es para la iglesia que los niños estén bien adiestrados en las lenguas! Puesto que el estudio de las enseñanzas divinas no se puede mantener sin el conocimiento, y puesto que las difíciles controversias solo pueden resolverse entendiendo lo que las palabras quieren decir, para hablar correctamente es necesario tener un buen número de expresiones disponibles. ¿Qué podría ser un maestro en la iglesia que no entiende la gramática, sino una máscara silenciosa o un vociferador atrevido? Quien no entiende el modo en que Dios habla en su Palabra, tampoco puede amarla. Como bien dice el dicho, “sin conocimiento no hay amor”. Y ¿cómo puede ser buen maestro en la iglesia quien no ama la doctrina celestial, ni la entiende, ni puede explicarla? La falta de conocimientos gramaticales ha caído sobre nuestras cabezas, de tal modo que mediante ella los monjes han introducido en la iglesia y en las escuelas

falsedades haciéndolas parecer por genuinas. Por eso los príncipes han de prestarle atención especial a la enseñanza. Pero vemos que pocos lo hacen. También las ciudades deberían ocuparse de sostener y fomentar estos estudios que embellecen no solamente a la iglesia, sino también la vida toda. Y en otro lugar dice:

Puesto que es de estos libros que se aprende la doctrina, es absolutamente necesario que haya quienes sepan leerlos. Y quien quiera enseñar a otros tiene ante todo que conocer toda la sustancia de la doctrina y saber cómo se relacionan y explican unos a otros los artículos de las Sagradas Escrituras. ... Quienes enseñan a otros tienen que entender la lengua de los profetas y apóstoles y deben estar preparados en los conocimientos que llevan a esa meta.

Sobre el mismo tema, al comentar sobre Primera de Timoteo 4.13, donde se le recomienda a Timoteo: “ocúpate en la lectura, la exhortación y la enseñanza”, Melachthon señala la importancia de ese orden. Según él explica, la lectura aparece en primer lugar porque el conocimiento cristiano, en contraste con las ciencias matemáticas o lógicas, que pueden entenderse y aprenderse mediante el solo ejercicio de la mente, se aprende principalmente leyendo el testimonio de los profetas y apóstoles.²

Por todo esto, pronto se le dio a Melachthon el título de *Praeceptor Germaniae*, maestro de Alemania. Y hoy, cuando miramos al pasado, bien podemos decir que, sin aquella obra educativa impulsada inicialmente por Lutero, pero llevada a cabo por Melachthon y sus muchos colaboradores, aquella reforma habría desaparecido, como desaparecieron muchas otras.

Antes me he referido a los dos catecismos que Lutero publicó en el 1529. Uno de ellos, el *Catecismo menor*, tenía el propósito de servir de material de enseñanza para los niños. El otro, el *Catecismo mayor*, iba dirigido a los adultos. Los dos estaban organizados paralelamente, tratando primero de los Diez Mandamientos, luego del Credo Apostólico, después del Padrenuestro y por último del bautismo y la comunión. La razón por la que los dos catecismos seguían un orden paralelo era que Lutero esperaba que fueran la columna vertebral de todo un

²Maschreck, 147.

programa de enseñanza. Se suponía que los padres, al tiempo que estudiaban el catecismo más extenso, utilizaran el menor para enseñarles a los hijos y a cualquier otra persona no instruida que viviera bajo su techo. Al mismo tiempo, Lutero proponía que los temas discutidos en estos catecismos se predicaran en la iglesia en el mismo orden. Al tiempo que los dos catecismos eran paralelos, eran sin embargo diferentes. El que iba dedicado a los niños no era solamente más sencillo, sino que también dejaba fuera la polémica. El otro, dedicado a los adultos, incluía respuestas y objeciones a las doctrinas que Lutero consideraba erradas, y también instrucciones acerca de la vida matrimonial.

Para Lutero, esos dos catecismos eran más importantes que la mayoría de sus demás escritos, a tal punto de llegar a declarar que, si todo el resto de su obra se perdiera, entre las que quisiera que perdurara se contaban los dos catecismos.

Lo que es más, el catecismo no era algo para estudiar de una vez, saberlo y dejarlo a un lado. El propio Lutero dice:

Yo mismo, aunque soy doctor, como cualquier niño tengo que repetir cada mañana y cada vez que tenga ocasión, y palabra por palabra, la oración del Señor, los Diez Mandamientos, el Credo y los Salmos. Tengo que hacerlo cada día por pura necesidad. Pero estos súper inteligentes quieren, habiéndolo leído una vez, ser doctores de doctores. Por lo tanto, les ruego a estos sabihondos que entiendan que no son tan grandes doctores como se imaginan.³

Todo esto, que no es sino un breve esbozo de los intereses intelectuales y educativos de los reformadores luteranos, tiene paralelo también en los reformadores suizos de los cuales surgió

³Bainton, 337.

la tradición que hoy llamamos reformada o calvinista. Por falta de tiempo no podemos profundizar en ello. Pero valga decir que en la ciudad de Zürich Billinger, el sucesor de Zwinglio, desarrolló un sistema de educación muy semejante al de Melachthon. Y en Ginebra, Calvino no solo escribió e hizo aprobar por el gobierno un catecismo, sino que también, al regresar de su exilio en Estrasburgo, exigió que el gobierno ginebrino apoyara una serie de *Ordenanzas eclesiásticas* adoptadas en el 1541. En esas ordenanzas se aprobaba la creación de una academia, y se estipulaba que las enseñanzas incluirían un nivel inicial, al que Calvino llamaba “escuela privada” y donde se enseñaría todo cuanto llevaba desde las primeras letras hasta el conocimiento del latín y el griego. Esta “escuela privada” iría seguida de una “escuela pública”, dedicada a los estudios más avanzados de teología e interpretación bíblica. Aunque por falta de fondos esto no se llevó a la realidad sino en el 1559, la Academia de Ginebra vino a ser uno de los principales centros de divulgación de la teología reformada.

Pero Lutero y los demás reformadores sabían que no bastaba con esto.⁴ El pueblo aprendía las doctrinas tradicionales principalmente a través del culto. En las palabras que se repetían domingo a domingo, y a veces día a día, se expresaba y reforzaba la antigua religión. Puesto que la misa era en latín, el pueblo ni siquiera entendía lo que se decía. Lo entendería mucho menos que nosotros, pues nuestra lengua romance todavía se acerca en algo al antiguo latín. Pero el pueblo sí sabía – o creía saber – que aquello que estaba teniendo lugar ante sus ojos era un gran milagro, y que aquellos que lo celebraban, en una lengua extraña y misteriosa, precisamente porque eran custodios del gran milagro, eran también custodios del acceso al

⁴Los párrafos que siguen fueron antes parte de una conferencia, ICDCPR, 2017.

trono celestial y a la gracia de Dios. Luego, el mejor modo que ahora tenían aquellos creyentes de aprender las enseñanzas de los reformadores acerca del sentido del evangelio, de la autoridad de las Escrituras, de la gracia de Dios que no es por obras, y otros temas semejantes era el culto.

Al señalar esto no estoy diciendo nada nuevo. Los historiadores de la iglesia han afirmado repetidamente el principio de que el modo en que se adora se refleja en lo que se cree. Que los creyentes se forman en la fe, no tanto porque se les diga algo o porque lean algo, sino sobre todo porque en el culto participan de esa fe. Para quienes gustan de los latinazgos, lo que los historiadores dicen es *lex orandi este lex credendi* –es decir, que la regla del culto se vuelve regla de la fe. Por ejemplo, mucho antes de que la iglesia empezara a discutir cómo se unen en Jesús la naturaleza humana y la divina, en el culto se le había reconocido y proclamado como al mismo tiempo Dios digno de adoración y humano capaz de estar junto al creyente y participar de sus angustias y esperanzas. Fue después, al reflexionar sobre la fe que se expresaba en la oración y el canto, que surgió la doctrina cristológica.

Por eso, tan pronto como la Reforma fue cobrando fuerzas, Lutero y los demás líderes de la Reforma comenzaron también a reformar el culto. No era solamente cuestión de que el culto debía reflejar lo que se creía, sino que era también cuestión de que el culto le diera forma a la fe de los creyentes.

Repetidamente escuchamos decir que el uso del vernáculo en el culto fue importante porque de ese modo quienes asistían podían entender lo que se decía. Eso es verdad, pero deja a un lado otro elemento importante: Quien asistía a un culto que no podía entender, y veía al sacerdote pronunciando palabras misteriosas y milagrosas, llegaba a la conclusión de que aquel sacerdote, y otros como él, eran el puente para comunicarse con Dios. En contraste, quien ahora asistía a un culto en su propia lengua no era ya mero espectador ni beneficiario de la obra de una sola persona, sino que podía participar activamente – tan activamente como el pastor mismo. En una palabra, aquel principio fundamental de la Reforma del sacerdocio universal de los creyentes se experimentaba y se practicaba en el culto mismo.

Del culto en el vernáculo, Lutero rápidamente pasó al uso de la música popular en el culto. Hasta entonces, el canto gregoriano que se empleaba en la iglesia era monofónico, es decir, todos cantaban la misma línea de notas. La música popular experimentaba mucho más con la polifonía, en la que varias voces siguen diferentes líneas. Al incluir esta música polifónica en el culto, Lutero estaba afirmando la importancia de la cultura en la vida del pueblo; pero también estaba asegurándose de que el pueblo pudiera participar activamente mediante el canto. Lo que antes se acostumbraba era que el canto se limitara a un coro o un cantor, mientras la congregación escuchaba o en el mejor de los casos trataba de seguir lo que se cantaba. Ahora el canto vino a ser actividad común de toda esa comunidad sacerdotal que es la iglesia.

Pero basta de historia. No nos interesa la historia por mera curiosidad anticuaria, sino porque

en ella encontramos lecciones, advertencias y guía para el día de hoy. Luego, la pregunta fundamental es: ¿Qué importancia puede tener todo esto para nosotros hoy?

No creo que podamos responder plenamente a esa pregunta en el poco tiempo de que disponemos. Podríamos, por ejemplo, discutir el interesante tema del paralelismo entre la invención de la imprenta y el desarrollo actual de la comunicación cibernética.

Pero, dejando a un lado esos temas, podemos al menos afirmar que los ejemplos de Lutero, Melachthon, Bullinger y Calvino nos marcan pauta para el día de hoy. De igual manera que en tiempos de la Reforma fue necesaria toda una reforma educativa, lo mismo es necesario hoy. Fueron las universidades organizadas bajo la inspiración de Melanchthon las que proveyeron los autores que pudieron responder a las diversas situaciones de cada momento. Sin entrar al campo más amplio de la educación en general, y enfocando nuestra atención en la educación religiosa y teológica, vemos que la tarea es grande.

Esto es de importancia capital en el día de hoy, pues vivimos en una sociedad en la que hasta hace poco las gentes conocían los puntos esenciales de la fe cristiana sencillamente por ser parte de la sociedad misma. Hoy las cosas van cambiando, de tal modo que quien se llega a la iglesia muchas veces necesita un conocimiento de los elementos fundamentales de la fe cristiana. Por eso sugiero que, al igual que Lutero con sus dos catecismos, necesitamos hoy un nuevo material catequético que sirva de introducción fundamental a la fe cristiana. (De paso

debo decir que me preocupa el hecho de que muchos de los materiales que las diversas denominaciones producen para los nuevos miembros combinan la introducción a la fe cristiana con la introducción y explicación de la denominación que los produce y de sus énfasis particulares, sin distinguir entre una cosa y la otra. El resultado es que muchos de los cristianos más devotos en el día de hoy no saben distinguir entre los puntos esenciales de la fe y lo que son los énfasis denominacionales, y esto a su vez les impide reconocer a los miembros de otras iglesias como hermanos y hermanas en Cristo.)

Pero pasemos al otro punto que me parece que es igualmente importante, pues si es cierto aquello de *lex orandi est lex credendi*, que la fe y las doctrinas no sólo se expresan, sino que también se forman y se aprenden en el culto, tenemos que recuperar esa dimensión en nuestro culto. Gracias a la Reforma, por largo tiempo hemos celebrado el culto en nuestra propia lengua – y esa fue una de las razones que aducimos hasta hace unas pocas décadas contra la Iglesia Católica. Gracias a la Reforma, nuestro pueblo ha producido cánticos con los que se alaba al Señor no solo en nuestra lengua, sino también con nuestros ritmos. Gracias a la Reforma, esos cánticos han sido diseñados para ser cantados por la congregación en pleno.

Pero dentro de todo eso veo ahora al menos dos tendencias que me preocupan. Una de ellas es que parece haberse perdido la dimensión del culto como medio de formación cristiana. El culto es alabanza a Dios, sí; pero es también modo que Dios emplea para formarnos como pueblo suyo. Esto coloca sobre el liderato de la iglesia la ineludible responsabilidad de asegurarse de

que el culto llene esa función. Y el sermón por si solo no basta para llenarla.

La segunda tendencia que me preocupa es que cada vez veo más entre nuestras iglesias evangélicas – o al menos en algunas de ellas – una inclinación hacia un tipo de culto que aun sin darse cuenta es una negación del principio evangélico fundamental del sacerdocio universal de los creyentes.

Sobre esto hay mucho que decir. Pero puesto que ese sacerdocio universal es tema para nuestra próxima conferencia, sugiero que lo dejemos para esa ocasión.

En el entretanto, ¡muchas gracias!

